

Los No Vivos, la maldición del heredero

Emiliano Pérez

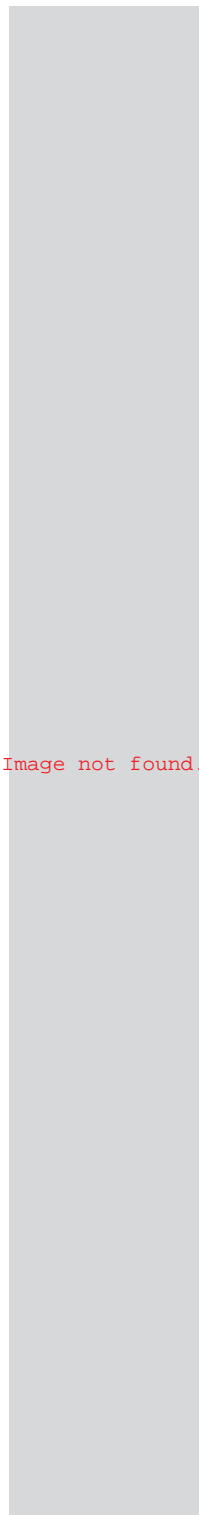


Image not found.

Capítulo 1

Los No Vivos, la maldición del heredero

Prólogo:

En el Inicio de Todos los Tiempos la Fuerza Creadora engendró, depositando toda fe y confianza, seres fieles dotados de su inmaculada gracia. Los mantuvo a su diestra, enseñándoles hasta la última norma de bondad, corrigiéndoles cada minúsculo error que pudieran cometer y ellos a su vez sabían aprovechar hasta el último centésimo de sabiduría del Gran Ser. Sus hijos nunca objetaban su palabra y siempre seguían el camino recto. Todos, sin algún reproche, le mostraban un respeto ecuánime a sus tratos. Entre esta multitud de Hijos de Luz el máspreciado y hermoso era aquel con el nombre más poderoso del reino: Luz Bella. Este Hijo de la Luz fue de los más grandes, el más sabio, el más diestro, pero algo cambió en su persona; su complejo de superioridad alentado, sin quererlo así, por todos, creció hasta convertirse en algo oscuro, diferente a todo lo existente hasta ese momento. Eran ideas negativas jamás vistas, algo comparado con la malicia humana actual. Sus pensamientos se gestionaron por algún tiempo hasta convertirse en planes, proyectos que iban en contra de los designios de su Señor. Sus conjeturas erróneas, su maldad y sus ansias de poder, que crecían rápidamente, saturaron su sana mente y la convirtieron en la mancha más negra de todo el límpido reino. Cuando sus artimañas fuera de contexto se descubrieron, Luz Bella fue expulsado del lugar que lo acogió desde su creación y le aportó poder y sabiduría, donde fue uno de los más grandes y mejores. Su padre lloró con amargura esta pérdida, la más valiosa que jamás ha sufrido y también la que, hasta el momento, le ha costado más lidiar. Su tristeza, sin embargo, radicaba en el drástico cambio de pensar sufrido por el alma más blanca de todo el reino. Luz, por otra parte, no se abatió por el hecho, al contrario, se sintió libre: ninguna cadena lo ataba a alguna regla.

De luz a oscuridad. Pasó de ser el Ángel al Demonio. Así como fue el más grande de todos los ángeles del Paraíso, se convirtió en el más grande de los demonios, el padre de todos ellos y el primero. Un líder innato con un corazón impuro, cuya podrida mentalidad se esparció como enfermedad entre algunos otros seres de luz que se unieron a él.

Crearon entre todos un mundo corrompido, sin resquicios de pureza, apartado de toda dicha, gracia, bondad. El Hijo Luz ya no quería valerse de lo justo. No quería saber sobre el mundo que le asqueaba. En el abismo más profundo del Infierno concibieron planes y crearon a más de los suyos. También fundó un arte, una magia oscura, distinta a la del Señor Blanco. Ya nada lo detendría: se convertía poco a poco en el Padre

Oscuro, un dios del mal, una fuerza tremenda, arrasadora.

En su hedionda madriguera esperaba un momento, solo eso. Conocía de antemano las próximas jugadas de su antiguo Señor porque le fueron confiadas cuando fungió de su mano derecha. Tramó con organizada prisa, el tiempo se acercaba. Y, sin más, sin dificultad alguna siquiera, logró uno de sus más grandes objetivos: alejar a la humanidad de la Mano Divina. El Gran Padre, tal como lo había hecho con él, los retiró de su mundo puro, sin embargo no los dejó a manos del Señor Oscuro. El Demonio no pudo hacer mucho a partir de entonces, no logró conquistarlos como juraban sus principales artimañas.

Nunca decayó ni se dio por vencido. Nunca lo haría. Rendirse estaba fuera de su vocablo. Cambió de objetivo, ahora no anhelaba la Tierra ni la conjunción de humanos sobre esta. Prestó, entonces, toda su atención en las Personas Mágicas, humanos capaces de dominar el arte de la magia, una habilidad extraña inclusive para él y los individuos del más allá, una muy útil. Necesitaba esta habilidad, similar a la suya; de ella se valdría para conquistar no solamente a aquellos con poder sino al planeta entero. Todo por venganza. Arrebataría a su antiguo señor aquello que amaba.

Y, con la maliciosa idea de cómo lo haría, echó su plan a andar.

Sucedió apenas hace más de mil quinientos años, cuando el mundo experimentaba graves vuelcos a causa de distintos sucesos. El lóbrego rumor comenzó a resonar en otra parte del Planeta Tierra. La oscuridad no se hacía esperar y, guiada por los mismos demonios destructores y carnívoros, llegó al débil corazón de los grandes jefes, de los señores y, al final, de los campesinos. La maldad, los pecados, la envidia, el deseo, todo se conjugó con el propósito de destruir su mundo a partir de ellos. Las Personas Mágicas pelearon, hermanos contra hermanos, hechiceros contra magos, magos contra druidas, adivinos... No había alguna Persona Mágica que no poseyera odio y velara únicamente por los de su raza o por sí mismos. Cada batalla arrancaba un trozo de vida del mundo; si nada detenía el paso de la muerte, el planeta iba a ver el ocaso de sus días.

La aparición de un extraño y oportuno joven fue el respiro necesario. El muchacho, un chico sin grandes habilidades de pelea, logró conjurar una magia tan grande que separó a los ejércitos, hermanó a los hombres y consiguió la esperada conclusión de la guerra. El cómo lo logró se convirtió en uno de los más grandes secretos de la historia de la magia.

El Gran Demonio, aunque atormentado por una clara pérdida más, tomó todo con calma; siguió aprendiendo de sus errores. Con la mente despejada, fría, dejó pasar algún tiempo desde su última jugada, deseaba mostrar al mundo por segunda vez su poder, el poder de un dios lleno de

maldad y rencor.

Su esmerada labor dio frutos. Primero logró brindar aún más poder en sus hijos, sus demonios guerreros, peones de lucha muy bien entrenados. En el Infierno esperaban agazapados en las sombras, listos para lanzar una mordida contra la humanidad. Dar mucho más poder a sus hijos simplemente era una nada del plan, un primer paso.

Con la seducción mortífera de un líder, convocó a los más crueles y perversos magos y hechiceros de nuestro planeta, hombres que se revelaban a todos sus principios y preferían servir a la Oscuridad, ser Hijos de la Noche, hermanados con los demonios a través de los mismos deseos, buscando ese mismo objetivo.

Esta nueva raza de Personas Mágicas se hizo llamar los Oscuridad, más tarde la historia y sus actos les moldearon otro nombre, fueron llamados brujos. Eran el nuevo orden. La magia en ellos fue reconstruida, desde raíz, con oscuridad, convirtiéndola en algo sucio y peligroso.

Con nuevos poderes y habilidades mágicas, estos brujos progresaron hasta convertirse en regímenes controlados por malvados reyes traídos desde las más oscuras y torcidas pesadillas del ser más bestial. Su corazón estaba tan podrido como sus entrañas. Eran nuevos hombres, demonios y sirvientes del Señor Oscuro. La palabra humano tal vez fuera la menos indicada para describirlos.

El alto, por parte de las demás Personas Mágicas, fue inmediato. Los más poderosos se unieron y corrió el rumor que el mismísimo Zoth, el joven guerrero que acabó con la primera batalla, se unió en alma y utilizó el mismo poder secreto para tratar de frenar la nueva ola de muerte, el nuevo golpe del Demonio. Todo funcionó, la maldad volvió a perder ante magia que superó a la de sus sirvientes.

Con el paso del tiempo las batallas contra los Oscuridad menguaban, así como en ellos las ansias de poder y de gobernar el mundo. Por desgracia, malvados o no, eran las nuevas Personas Mágicas. No se extinguieron, no se fueron y su nombre no desapareció. Después de tiempo se miraban sus grupos reducidos en las montañas, apiñándose en cuevas hediondas a animales de los bosques. Algunos habitaron los pueblos olvidados y destruidos por su asoladora batalla, sin embargo daban pelea desde lejos, deseando agrandarse sostenidos de la mano de su Padre. Mientras algunos buscaban poder, otros de ellos pregonaban la aceptación de quienes podían olvidar, confiarse y hermanarse.

El Demonio, de nueva cuenta, no sufrió una pérdida, se sentó en su helado trono y comenzó a atar cabos desde las profundidades. No faltaba mucho, casi tenía las respuestas necesarias. Una vez todo listo en su mente, su plan, su verdadero plan, comenzaría. Los brujos no importaban

ya, habían sido un experimento, prototipo de su verdadero hijo guerrero.

Paulatinamente los magos, hechiceros, druidas, adivinos y sacerdotisas se recuperaban, tal eran los acentuados efectos del caminar de las tinieblas en los no tan lejanos tiempos. Las tierras eran nuevamente sembradas por los granjeros, las casas se reconstruían con maderas y rocas más fuertes, a los ríos llegaban nuevos peces. Los olores, colores y sabores del nuevo mundo brillaban en los ojos de los felices ciudadanos. Las nuevas generaciones nacían sin saber qué había pasado en los terrenos aún ennegrecidos y quemados con la llama cruel de la guerra. A lado de las generaciones humanas nacieron más animales, la comida dejó de escasear y las grandes ciudades y reinos se elevaron de nueva cuenta, tan portentosos como en un principio. El mundo en sí se iba reconstruyendo con un ascenso tan firme como decidido.

Fue justo cuando de muerte poco se conocía, cuando no quedaban rastros de los hombres que lucharon con los brujos. Fue cuando las Personas Mágicas menos lo esperaban.

Nadie sabía lo que el ser más ruin hacía en sus escondrijos ni en las Grietas del Infierno y mucho menos en las cuevas lóbregas que frecuentaba casi todo los días. Todo lo ejecutó apenas años atrás de los nuestros. Comenzó con el inició una guerra nueva, pero no en el seno de las Personas Mágicas, no, sino en el de los humanos sin ápice de conocimiento mágico. Tal guerra permanece aún en recuerdos, anaqueles y libros: la Segunda Guerra Mundial. Una mera distracción.

Mientras tanto en el mundo mágico, nuevos personajes, de rareza notoria, causaron alarma en hombres diestros que podían reconocer a un enemigo a simple vista. Su similitud a los brujos de antaño alteraba a aquellos que recordaban, pero no eran brujos, no eran nada conocido ni siquiera por los expertos. Parecían ser humanos, pálidos, como muertos; se asemejaban más a los viejos vampiros, otros demonios del Infierno. No, no eran guerreros oscuros del pasado. Al poco tiempo, ni una semana más tarde de su brote, todo el mundo los conoció a la perfección y con ello un nuevo miedo se alzó en forma de una barrera infranqueable para la esperanza. Ese era el nuevo poder del Infierno, algo totalmente distinto. Tanto los hombres como los demonios los bautizaron No Vivos. Su aspecto innatural era notorio, estaban vivos gracias a una voluntad, un secreto del Demonio, nada más. Eran cuerpos andando sin alma, por este motivo su peligrosidad era innata. No poseían corazón, razón, amor ni nada humano. Todos ellos habían nacido gracias al segundo plan del Infierno. No pensaban, se dedicaban a actuar bajo el mandato de su superior. No descartaban matar a quien que se cruzara en su camino, no había fuerza capaz de detener su ambiciosa furia, su lluvia de sangre. Su poder no se comparaba con el de los demonios guerreros. Los antiguos brujos eran una risa a su lado. Los vampiros quedaban lejos de ser los demonios más sanguinarios del Infierno. Había una nueva raza de Hijos de la Noche, la

mejor de todas.

Una sombra envolvió lo que pasaba bajo ella. Una sombra fría, más lóbrega que los abismos, más sangrienta que los asesinos de las antiguas historias, más destructora que todos los desastres naturales en uno. La maldita sombra prosiguió e inundó a varios inocentes con sus ejércitos de No Vivos acompañados de los despreciables vampiros, de los demonios y de otros seres malvados que ayudaban de la mano tal como el Demonio les ordenaba desde su abismo, donde reía de forma asquerosa, satisfecho. Al fin admiraba su trabajo; lo que tanto deseaba era plausible y no era más un alarde de su retorcida y soñadora mente.

Las Personas Mágicas se habían hecho de grandes enemigos, muy poderosos, pues todos ellos manejaban magias innaturales, tan poderosas que estaban acompañadas de un poder de destrucción como no había existido antes.

Fue lo que muchos clasificaron como un verdadero milagro aquello que terminó con esa batalla. Mientras el mundo oraba por un milagro y temblaba, lejos diez hombres se reunían y se preparaban para la batalla. Acompañados de diez armas únicas creadas por un poder desconocido, tuvieron la suficiente capacidad para alzarse en contra de la oscuridad. Su poder chocó de forma balanceada en contra de la malvada magia de los Hijos de la Noche, creando una batalla legendaria y un colapso de los No Vivos.

En el último día de la batalla, el fuego atroz y demoledor lamía hasta donde su brazo alcanzaba, exhibiendo su suntuosidad, empalideciendo el lugar, acompañando a cientos de cadáveres y proporcionándoles tardíamente un poco de calor en sus ya fríos cuerpos, algunos destrozados, algunos otros parecían dormidos en el dañado suelo, impregnados todos con sangre del enemigo en sus ropas, tal como habían acarreado el pesar mientras vivían.

Un silencio macabro reinaba, ahogado. Los dolorosos matices no eran nada prometedores, de hecho ese día poco había sido prometedor: sangre opacada por el cielo de la silenciosa noche, los cuerpos amontonados, la soledad inmundada de los parajes, charcos de lodo profanados por los marchares de soldados, los instrumentos destruidos, el olor a putrefacción... Inclusive aquellas lujosas y famosas casas, construidas en su mayoría de canteras llenas de ornamentos, en las que alguna vez se amontonaron los habitantes de lo que fue un reino magnífico, estaban vacías, muy sucias y chamuscadas, otras tantas derrumbadas o al borde del colapso. Los árboles se quemaban, los que permanecían en pie estaban incompletos. Las rocas de empedrados se desamontonaban por los caminos, fuera de su sitio y quebradas por los pesos; unas habían sido utilizadas para machacar, otras fueron herramientas para herir, sin embargo no se comparaban con las magníficas espadas que estaban

agolpadas en las manos de aquellos que terminaron con vidas, manchadas del líquido vital en sus aletargados filos.

Desde lejos se podía apreciar el caminar de la muerte por el destrozado reino. Desde lejos era visible la inmundicia de una guerra que acabó con miles de vidas.

Fue entonces cuando un hombre misterioso corrió a través de un puente que de luz solo tenía una antorcha incrustada en un poste delgado, allá a lo lejos. El tipo iba con cuidado, tapándose el rostro con una capucha. Acababa de luchar y no sabía por qué lo habían abandonado, en realidad no recordaba mucho, todo era confuso. No le habían atravesado el corazón, como lo hubiera deseado, de hecho, si él fuera un enemigo común, así hubiera sido. Estaba herido de una pierna y medía cada paso y la oscuridad lo medía a él. No era paranoia, él sabía que lo miraban, sus enemigos no pudieron desaparecer así sin más. Toda la gente se había marchado, pero los guerreros estaban por allí, observando cada uno de sus movimientos desde la gentil penumbra.

A pesar de sus dolores y deplorable estado de salud, no evitaba que una sonrisa sepulcral asomara bajo la sombra. Tarareaba una alegre canción, con el silencio parecía que la gritaba, la podían oír desde lejos, ni siquiera grillos asistían en la serenata nocturna en esa ocasión. Era una visión extraña, un hombre extraño. Era como si el mido no lo abrazara. Era, por igual, divertido: un cojo cantando en un día como así, en una noche como esa, con dolores como aquellos. Quizá fuera que, a esa hora, después de tanto, ya nada le importaba. Continuó con su firme paso por la calzada, de ahí por unas calles en tinieblas y muy profundas. Las casas del reino lo señalaban, las gárgolas lo miraban con ojos fijos, los mismos ojos que dieron un seguimiento apegado de la guerra.

Frente a la parafernalia de muerte, a las sombras de casas y de la asquerosa luz del fuego, un enorme castillo viejo e inmortal seguía paralizado, débil; no era el de antes. Aun así sus daños eran mínimos comparados con los de las construcciones que se hincaban ante él, mostrando, a tal hora, respeto para el coloso de piedra, sitio de reyes e historias.

Después de discutirlo consigo mismo, de analizar sus pasos nuevos y pasados, el hombre respiró ingenua tranquilidad. Creyó que las cosas saldrían del todo bien, creyó que la senda era digna para cruzarla de inicio a fin sin contrariedades. Terminó su andar sin más, buscó la iluminación amarillenta y cálida del castillo, sin suerte: se vio de frente con algunos No Vivos que estaban, sin duda, esperándolo en la abundante penumbra regalada por árboles del jardín real.

Los cinco sujetos pálidos, algunos bañados de sangre, algunos otros con heridas mortales, lo rodearon, le dijeron algo y, antes de que siquiera

respondiera, lo paralizaron con un embrujo. Uno de ellos le acercó un trozo de madera con un raro fuego verdoso ardiendo inmutable, luego se lo pegó en la cara sin dejar de crueldad, como si lo fuese a marcar, y este respondió con un estruendoso grito de dolor. Gracias al efecto del fuego y el mismo inhumano dolor, se desmayó. Los cinco hombres eran los únicos en ese punto de Greyddera y creyeron estar listos para entrar en la enorme fortificación. Cargaron al sujeto con esperanza de volverlo a la normalidad. Comenzaron a andar hacia su objetivo inicial, ahora con pasos firmes, decididos, cerriles.

El castillo de Greyddera estaba abierto a la fuerza, sus dos hojas imponentes de madera maciza y fina estaban tumbadas groseramente a un lado del hueco que había sido esa misma mañana una ornamentada y detallada entrada. Dentro, ni un alma se adjuntaba con los objetos, sillas y cuadros. Como bien sabían, todos habían huido al refugio, con los elfos, creyendo que todo había terminado. Ni siquiera un guardia asomaba la cara. Al lado de la puerta había mil rasguños que se hicieron cuando los No Vivos trataron con ahínco de abrirse camino y buscar a los señores del reino. Ahora ningún humano sensato respiraba los aires nocturnos de la batalla. Más allá del portal no se apreciaba algo grave, solo manchas de humo y sangre roja desparramada en algunas secciones de suelo y pared, pero ningún cuerpo opacaba los elegantes azulejos del piso.

Al sentir que la hora esperada había llegado, tres magos salieron de los setos altos del jardín y embistieron con hechizos protectores antes de ser identificados por los No Vivos.

La batalla continuó, tres contra cinco.

Los tres magos llevaban la delantera gracias a sus armas magníficas que bailaban enfrente de los No Vivos sin piedad, así esos demonios cayeron uno por uno al lado de algunas víctimas y más enemigos: un último tributo al sufrimiento, al reino y a los que dieron su vida por terminar con esa pesadilla. Los tres Diez exhalaban victoria, boquearon, jadearon y se enjugaron el sudor que les perló la frente. Creyeron que su descanso los esperaba, aun así la tristeza ocasionada por la pérdida de sus compañeros y la devastación de las tierras que prometieron, ante todo, cuidar con sus vidas, los embargó tan rápido como su siguiente suspiro.

Se iban a tirar a maldecir, llorar con tranquilidad sus calvarios personales a pesar de ver más clara la victoria sobre el enemigo. Supieron entonces cuál era la trampa que les habían preparado de plato fuerte, la que los acabó. Sus cadáveres se unieron a unos cuantos más.

De esta manera se perdieron los diez guerreros que conformaban la esperanza de las Personas Mágicas. Sus armas y armaduras se esfumaron tras la magia de la trampa. El hombre encapuchado que fingió ser víctima, rio como demente al ver los cuerpos de los Diez, grandes y poderosos

hombres, regados junto al de sus compañeros No Vivos. Este ser era diferente, más fuerte, más hábil y era el que más temor infundía. Las marcas del No Vivo, esparcidas como tatuajes en todo su pálido cuerpo, hablaban del líder de la raza que gozaba lo que bajo sus pies sucedía.

El No Vivo corrió hasta el vestíbulo del castillo con reciente premura. Ahí dentro la luz era más noble, no se lo comía como la boca de lobo de afuera y el frío se cegaba con las antorchas. Fuera de sí, entró a cada una de las habitaciones, abriendo y cerrando de un portazo, buscando a alguien en especial. Posteriormente corrió al balcón de los tronos, pero no llegó, se quedó a mitad de las escaleras, distraído al visualizar una figura fuera de una pequeña ventana junto a los cuadros del rey. Observó, gracias a su poderosa visión, a un hombre alto y encapotado que cargaba un bulto enredado.

La visión auguraba el final de la jornada. Todo había terminado ya.

Salió del castillo con trancos acelerados que resuenan aún como fantasmas sin descanso.

Se perdió entre las penumbras y sombras nocturnas del pueblo devastado. A lo lejos, en esa dirección y arriba, en el cielo se abrió un túnel lleno de fuego por donde entró volando, elevado por un humo macabro que parecía salir de sus botas sucias. Tras él, como un remolino terrible, volaron directo a al agujero miles de cuerpos que le servirían para después, cuando él y su Señor estuvieran nuevamente listos ya que únicamente la batalla había terminado, por el momento, sin embargo su guerra perduraría hasta el final.

Para el Gran Demonio, quien ha esperado desde el Inicio de los Tiempos, los años son segundos. Su nuevo plan era lo que esperaba ejecutar para retomar sus esperanzas debilitadas.

Una vez terminada la guerra, la felicidad en el mundo comenzó a fluir como oro líquido, poco a poco. Era un gran alivio, un peso menos. Se podía respirar en paz de nueva cuenta. El rey de los No Vivos se había ido, su séquito era historia, Greyddera celebraba a lo grande una victoria más. A los Diez, los guerreros con armas de poder anormal, se les celebró como a nadie, como grandes héroes, los más grandes a un lado del antiguo Zoth. Eran, sin duda, el más considerable milagro, el motivo del por qué las Personas Mágicas le ganaron una nueva batalla al Demonio. De no haber sido por ellos la historia hubiese sido distinta.

Todo el auge de los castillos aumentó más rápido de lo previsto. Las calles del reino, las casas, los animales, los árboles, todo fue nuevo y mejor. El hermano menor del rey Regacello, quien pereció en manos de un No Vivo, dejó de hacerse el bobo y trabajó duro a lado de su enfermo hermano

mayor para mantener el reino sobre pilares firmes.

Justo después de la guerra, una nueva felicidad llegó para dos familias, la Corbeau y la Fleourge. Ambas tuvieron sus primeros hijos. De verdad era un alivio recibir esos regalos del cielo para reconfortarse después del daño causado. Eran una cura, la primera pieza del rompecabezas llamado vida amorosa y tranquila, llena de esperanzas.

El dos de noviembre los Corbeau, al no poder tener hijos, adoptaron a un pequeño bebé con solo poco tiempo de vida. El veintiocho de diciembre, luego de una navidad única, la familia Fleourge pasó una larga tarde en el hospital local para al fin concebir a una pequeña bebé hermosa.

Cuando ambas madres y padres cargaron a sus hijos, les sonrieron y les besaron la tibia frente, en lo último que pensaron fue que esas dos vidas se unirían algún día, en el futuro.

----Aquí finaliza el prólogo,

-----visita: <http://goo.gl/5Q2p0B>